

TERCERA PARTE

I

LA EMBOSCADA

Estaban situadas la iglesia y la rectoral de Bouqueval en el declive de una colina y en medio de un castaño, desde donde se descubría el pueblo. Flor de María y el anciano entraron en un sendero tortuoso que conducía hasta la casa del abad, y cruzaron el camino hondo que atravesaba diagonalmente la colina. La Lechuza, el Maestro de Escuela y el Cojuelo, escondidos en un barranco del camino, vieron bajar á la quebrada al sacerdote y á Flor de María, y salir por el declive escarpado de la parte opuesta. La capucha del mantón de la Cantaora cubría de tal modo sus facciones, que la Lechuza no pudo reconocer á su antigua víctima.

— Silencio — dijo la vieja al Maestro de Escuela — la muchacha y el cura acaban de pasar el barranco; es la misma según las señas que me dió el hombre alto vestido de luto: traje de aldeana, estatura mediana, guardapié con rayas oscuras y mantón de lana con bastilla negra. Acompaña todos los días al cura á la rectoral, y se vuelve sola: cuando vuelva á pasar por allí, al otro lado de la barranca, caeremos sobre ella y la meteremos en el coche que espera.

— ¿Y si grita y pide socorro? — dijo el Maestro de Escuela — la oirán en la quinta, pues según decís se ven las casas desde este sitio. ¡Ah! ¡vosotros podéis ver! — añadió el bandido con desesperación.

— Desde aquí se ven las casas muy cerca — dijo el Cojuelo. — Hace un momento que he subido á lo alto de la loma arrastrándome panza abajo... y por más señas he oído la voz de un carretero que hablaba á sus caballos en el zaguán de aquella casa...

— Entonces hay que hacer lo siguiente — repuso el Maestro de Escuela después de un momento de silencio: El Cojuelo se pondrá en acecho al principio

del sendero. Cuando vea venir de lejos á la muchacha, correrá hacia ella, gritando y diciendo que es hijo de una pobre anciana que ha caído en el barranco del camino hondo y se ha lastimado, y suplicará á la muchacha que venga á socorrerla.

— Ya caigo; la viejecita será la Lechuza. Bien pensado: ¡eres el rey de los sabios! ¿Y qué haremos después?

— Tú te pondrás en el camino hondo cerca del sitio en donde nos aguarda Barbillón con el coche... Yo estaré por allí cerca, y cuando el Cojuelo haya traído la muchacha á lo más hondo de la quebrada, te arrojarás á ella, le echarás una mano al pescuezo, y con la otra le taparás la boca para impedir que grite.

— Ya te entiendo, amoroso, lo mismo que se hizo con la mujer del canal de San Martín, cuando la echamos á nadar después de haberla robado el bulto negro que llevaba: ¿no es verdad?

— Eso es... Mientras que tú tienes bien segura la muchacha, el Cojuelo viene á buscarme, y entre los tres la envolveremos en mi capa, la llevaremos al coche de Barbillón y de allí al llano de San Dionisio, en donde nos aguarda el hombre vestido de luto.

— ¡Magnífico plan! Mira, amoroso, no hay cabeza como la tuya en el mundo entero para salir de apuros. Si fuese rica te celebraría con fuegos artificiales y con iluminaciones de vasos de color á la *saint Charlot*, que es el patrono de los verdugos. ¡Aprende, aprende tú, principiante, patacoja! Si quieres ser un tomador de provecho, aprende estas lecciones: ¡que hombre tan admirable! — dijo con orgullo la Lechuza al Cojuelo.

Y dirigiéndose luego al bandido, continuó:

— Aun no te he dicho que Barbillón tiene un miedo horroroso á una pena capital, y á que lo saquen á divertir al público.

— ¿Por qué?

— El otro día, volviendo Barbillón, el Cojo Gordo y el Esqueleto de la casa de la viuda de Marcial el guillotinado, que tiene una taberna en la isla del Limpiador, trabaron una disputa con el marido de una lechera, que viene todas las mañanas con su carrito tirado por un pollino á vender leche en la Cité, esquina de la Drapería Vieja cerca de la taberna del Conejo Blanco, y lo baraustraron¹ en un decir Jesús.

El hijo de Brazo Rojo miraba á la Lechuza de hito en hito con suma curiosidad.

— ¡Ya quisieras saber lo que hablamos! ¿es verdad, tú, patizambo?

— Habláis de la viuda de Marcial, que vive en la isla del Limpiador cerca de

¹ Mataron á puñaladas.

Asnières: la conozco, lo mismo que á su hija Calabaza, y á Francisco y Amandia que son el batidero de la casa... Pero en seguida hablasteis de *baraustar* á no sé quien... y eso es sin duda caló.

— Si por cierto, y si eres buen muchacho te lo enseñaré, porque vas entrando ya en la edad en que puede servirte. ¿Tienes ganas de saber el caló, gorrión?

— ¡Ya se ve que sí! Mejor quisiera andar con vosotros que amasar las drogas del viejo Bradamanti. Si supiera en donde tiene escondido el *veneno de los ratones para la gente*, le había de echar un poco en la sopa para que fuese á sacar muelas al otro mundo.

Echóse á reír la tuerta y dijo al Cojuelo tirándole hacia sí:

— Ven á besar á tu mamá, clavelito del alma!... ¡Es muchacho de esperanza!... ¿Pero cómo supiste que tu amo tenía veneno de ratones para la gente?

— ¡Toma! porque se lo oí decir un día que me escondí en la alcoba del cuarto en donde tiene las botellas, y las máquinas y los pucheros.

— ¿Y qué le has oído decir?... — preguntó la Lechuza.

— Le he oído decir á un señor, al darle unos polvos envueltos en un papel: « Si estuvierais á mal con la vida, en tomando tres dosis, os quedaríais para siempre dormido sin mal y sin dolor. »

— ¿Quién era ese señor? — preguntó el Maestro de Escuela.

— Era un señor joven y bien portado, que tenía bigote negro y cara de mujer... Cuando vino segunda vez, me dijo Mr. Bradamanti que le siguiera para saber en donde vivía, y lo vi entrar en una buena casa de la calle de Chaillot. Mi amo me había dicho: « Vaya á donde vaya ese señor, tú lo seguirás hasta la puerta de su casa; si vuelve á salir síguelo también, porque la segunda casa en donde entre será la suya. Arréglate de manera, amigo Cojuelo, que no te vengas sin saber su nombre... porque sino te caliento las orejas como sabes que sé hacerlo. »

— ¿Y después?

— ¿Después? me las arreglé de manera que supe el nombre del señorito.

— ¿Y como lo supiste? — preguntó el Maestro de Escuela.

— ¡Toma! ¿soy tonto? me metí en la portería de la casa de la calle de Chaillot, porque el señor no volvió á salir, y viendo á un portero muy empolvado y con librea de cuello amarillo galoneado de plata, le dije: « Señor portero, vengo á buscar cinco francos que me ofreció el amo de esta casa por haber hallado su perro, que le he entregado ya: un perrito negro que se llama *Trompeta*; y por más señas que el caballero, que es moreno, con bigote negro, y que viste levita gris y pantalón azul claro, me dijo que vivía en la calle de Chaillot, nº 11, y que se llamaba Mr. Dupont. » — « El caballero de quien hablas es mi amo, y se llama el señor vizconde de Saint-Remy. Aquí no hay

más perro que tú, ladronzuelo; y así lárgate ó te rompo las costillas », — me respondió el portero dándome un soberano puntapié... No importa — añadió el Cojuelo con aire filosófico — ya sabía el nombre del señorito de bigote negro, que había comprado á mi amo el veneno de ratones para los hombres cansados de vivir: se llama el vizconde de Saint-Remy, my, my, Saint-Remy — añadió el hijo de Brazo Rojo repitiendo las últimas palabras, según acostumbraba.

— ¡Tú quieres sin duda que te coma crudo, tierno pichón del alma! — exclamó la Lechuza besando al Cojuelo: — ¿habrá en el mundo un diamante como éste? ¡Quién tuviera la gloria de ser tu madre! y diciendo esto la tuerta estrechó en sus brazos al Cojuelo. El hijo de Brazo Rojo, profundamente conmovido por esta prueba de afecto, manifestó á la vieja su agradecimiento diciendo en alta voz:

— ¡No tenéis más que mandarme, y veréis como os obedezco y os sirvo!

— También te aseguro que no te pesará.

— Yo quisiera estar en vuestra compañía.

— Ya arreglaremos eso con tal que seas buen muchacho; y tú no nos dejarás tampoco ¿es verdad, amoroso?

— No — dijo el Maestro de Escuela; — me conducirás como á un pobre ciego, dirás que eres hijo mío, nos introduciremos en las casas, y si es menester mataremos y... — añadió encolerizado el asesino; — con la ayuda de la Lechuza podremos dar aun algunos asaltos... Yo haré ver á ese demonio de Rodolfo que me ha cegado, que sirvo todavía para algo... Me ha robado la vista, pero no me ha robado la facultad de hacer mal: yo seré la cabeza, el Cojuelo los ojos, y tú, Lechuza, tú serás las manos, y todo irá á pedir de boca.

— ¿No sabes que soy tuya con alma y corazón, amoroso? ¿No sabes que cuando salí del hospital y supe que habías preguntado por mí en la taberna de la Pelona, me fui derecho á la aldea en donde estabas y he hecho creer á aquellos paisanos que era tu mujer?

Estas palabras despertaron en el bandido recuerdos desagradables, y cambiando súbitamente de tono con la Lechuza, dijo con voz colérica:

— Sí, ya me cansaba de vivir solo entre aquella gente honrada; al cabo de un mes ya me moría de tedio... Entonces se me ocurrió llamarte á mi lado, que ojalá nunca lo hubiera hecho — añadió con tono más irritado: — al día siguiente de tu llegada me robaron el resto del dinero que me había dado aquel demonio de la calle de las Viudas. Si... me robaron mi cinto lleno de oro mientras dormía, y solo tú eras capaz de tal acción; por eso me encuentro ahora á tu merced. ¡Cada vez que me acuerdo de esto, no sé como no te mato, vieja ladrona!

Y dió un paso hacia la Lechuza.

— ¡Cuidado con hacer mal á la Lechuza! — gritó el Cojuelo.

— ¡ Os mataré á los dos juntos, canalla endemoniada ! — gritó el bandido lleno de rabia; y oyendo hablar á su lado al hijo de Brazo Rojo, le descargó un puñetazo tan furioso, que á no separarse á tiempo el muchacho le hubiera quitado la vida. Resuelto el Cojuelo á tomar venganza por sí y por la Lechuza, cogió una piedra, apuntó al Maestro de Escuela y le dió con ella en medio de la frente. El golpe no fué de peligro, pero causó un agudo dolor al bandido, que lleno de furor como un toro herido, levantóse de un salto, dió algunos pasos hacia delante, y se detuvo.

— ¡ Salta! ¡ que te despeñas!!! — gritó la Lechuza riendo á carcajadas. Á pesar de los infames lazos que la unían á aquel monstruo, veía por muchas razones y con una especie de alegría feroz, el miserable anonadamiento de un hombre antes tan temible.

La tuerta justificaba á su modo el terrible pensamiento de La Rochefoucauld, de que « siempre sentimos alguna satisfacción con la desgracia de nuestros mejores amigos. » El odioso niño de cabello amarillo y hocico de hurón participaba de la alegría de la vieja, y al ver que el Maestro de Escuela daba otro paso con furor, gritó :

— ¡ Abre el ojo ! ¡ salta que hay lodo !... ¡ Mira que tropiezas !... ¡ Limpia las antiparras !

Viendo el hercúleo asesino que le era imposible coger al muchacho, dió una terrible patada en el suelo, llevó á los ojos los enormes puños velludos y dió un ronco rugido como el de un tigre hambriento.

— ¡ Qué tos tienes, vejete ! — dijo el hijo de Brazo Rojo. — Toma, toma un boco de regaliz que me dió un carretero, y chúpala sin asco.

Y cogiendo un puñado de arena la arrojó á la cara del asesino.

Herido en el rostro por esta lluvia de arena, el Maestro de Escuela sintió más amargamente este nuevo insulto que la anterior pedrada; se puso pálido como un cadáver, tendió de repente los brazos en cruz con indecible desesperación, y levantando hacia el cielo su espantoso rostro cubierto de lividos costurones, exclamó en tono de humilde súplica :

— ¡ Dios mío ! ¡ Dios mío !

Esta humillación involuntaria ante la conmiseración divina, en un criminal, en un bandido que poco antes era el terror de los mayores criminales, pareció una inspiración providencial.

— ¡ Je ! je ! je ! amoroso, amoroso, ¡ qué bien haces el crucifijo ! — gritó la Lechuza soltando la risa. — Mira que se te va la lengua; al diablo es á quien debes llamar para que te consuele.

— ¡ Dadme un puñal siquiera para matarme ! ! ¡ ya que nadie tiene compasión de mí !... — gritó el miserable mordiendo los puños con un furor salvaje.

— ¡ Un cuchillo !... ¿ no tienes uno en la faltriquera, amoroso ? y bien afilado

por cierto... El viejecito de la calle de Roule... ya me entiendes... en una noche de luna... y el boyero del camino de Poissy, han debido llevar buenas noticias al otro mundo de tu cuchillo... ¿ Por qué no lo experimentas en tus carnes ?

Viendo el Maestro de Escuela que sólo quitándose la vida podía salir *honrosamente* de este apóstrofe, mudó la conversación y dijo con voz sofocada y ademán cobarde :

— El Churiador si que era bueno : no me robó, no, y tuvo lástima de mí.

— ¿ Por qué me dijiste que te había *murciado* tu *mina mayor* ? — repuso la Lechuza.

— Nadie más que tú ha entrado en mi cuarto — dijo el bandido ; — fui robado en la misma noche que llegaste : ¿ que había de pensar ? Aquella pobre gente era incapaz de tal acción.

— ¿ Y por qué no han de robar los aldeanos como otro cualquiera ? ¿ será acaso porque toman leche y siegan la hierba para las vacas ?

— Pero lo cierto es que fui robado...

— ¿ Y tengo yo la culpa ? ¿ Piensas que si te hubiese robado el cinto estaria un minuto contigo ? ¡ Qué majadería ! Lo cierto es que si hubiese podido, te lo hubiera limpiado; pero á fe de Lechuza que no me verías el bulto hasta que gastase el último ochavo, porque á pesar de tus ojos blancos, me agradas aun... asesino !... Vamos, vamos, no te enfades ni rechines así los dientes.

— ¡ Parece que está rompiendo nueces ! — dijo el Cojuelo.

— ¡ Je ! je ! je ! tienes razón, Cojuelo... Vamos serénate, amoroso, serénate y déjalo reir que es cosa de muchachos... Pero confiesa que no tienes razón : cuando el hombre alto vestido de luto, que parece el gancho de la muerte, me dijo : « Os daré mil francos con tal que robéis la chica que está en la quinta de Bouqueval, y la llevéis á un sitio del llano de San Dionisio que os indicaré, » responde, amoroso ¿ no te propuse el negocio sobre la marcha en lugar de escoger á otro que viese mejor que tú ? Y esto lo hice solamente por caridad : porque ¿ de qué nos servirás tú ? de maldita la cosa... á no ser para sujetar la muchacha mientras la empaquetamos el Cojuelo y yo. Pero, prescindiendo de que te hubiera limpiado el cinto si hubiese podido, me gusta hacer bien á los amigos, y quiero que debas este favor á tu Lechuza querida : ¡ ya sabes que soy caritativa ! Daremos doscientos francos á Barbillón por habernos traído en el coche, y por haber venido una vez con el criado del señor enlutado para reconocer el sitio en donde debíamos escondernos para aguardar á la muchacha... nos quedarán ochocientos francos para los dos, y nos regalaremos con ellos... ¿ Qué te parece de esto ? ¡ Y aun hablarás mal de tu vieja !

¹ Robado tu oro.

— ¿Y quién me responde de que me darás algo después que cobres el dinero? — dijo con desconfianza el bandido.

— Es cierto que pudiera no darte nada, porque dependes de mí como en otro tiempo la Chillon... y nada me impediría quemarte la sangre mientras que Satanás te deja andar por este mundo, ¡je! ¡je! ¡je! Vamos, amoroso, no hagas rabiarse más á tu Lechuza... — añadió la tuerta tocando el hombro del bandido, que guardaba silencio.

— Tienes razón — dijo dando un intenso suspiro de furor; — ¡qué horrible suerte la mía! ¡Yo, yo á la merced de un niño y de una mujer á quienes podría matar de un solo bofetón! ¡Oh! ¡si no temiese tanto á la muerte! — añadió dejándose caer de espaldas contra el declive del barranco.

— ¡Miren que cobarde! ¡qué poltrón! — dijo la Lechuza con desprecio. — ¿Por qué no te metes ahora á predicador? Oyes, si no has de tener mas ánimo, te planto y me voy con la música á otra parte.

— ¡Y no poder vengarme de ese hombre que me ha martirizado y reducido á la miserable situación de que no saldré jamás! — exclamó el Maestro de Escuela más y más enfurecido. ¡Ah! temo la muerte, sí... la temo mucho; pero si me dijese: « Van á poner ese hombre entre tus brazos... pero tendrás que arrojarte con él á un abismo; » yo respondería: « Sí, que me arrojen con él... » porque estoy seguro de que cuando fuésemos rodando los dos le mordería la cara, y el pescuezo, y el corazón y lo mataría con los dientes, porque tendría celos del puñal.

— Enhorabuena, amoroso, enhorabuena; así me gusta... Serénate y no tengas cuidado que ya nos veremos con el tal Rodolfo... y con el Churiador también... No te desanimes, que ya nos caerán en la uñas... yo te lo aseguro.

— ¿De veras no me abandonarás? — dijo el bandido á la Lechuza con aire sumiso y desconfiado. — Si me abandonases ahora... ¿qué sería de mí?

— Es verdad... Pero dime, amoroso... ¿qué te parece, si nos escurriésemos ahora con el coche el Cojuelo y yo, y te dejásemos ahí... en medio de los campos... de noche... con un frío que hiela la sangre. ¡Qué broma tan salada sería! ¿no es verdad, asesino?

El Maestro de Escuela se estremeció al oír esta amenaza; acercóse temblando á la Lechuza y dijo:

— No, no harás tal, Lechuza... ni tampoco tú, Cojuelo... sería una acción horrible.

— ¡Ja, ja, ja! ¡mala acción!... ¡qué simple!... ¿Y el viejecito de la calle de Roule? ¿y el ganadero? ¿y la mujer del canal de San Martín? ¿y el señor de la calle de las Viudas? ¿crees que hablarán bien de la humanidad de tu... *churi*? No te vendría mal, no, un poco de la hiel que les hicistes tragar.

¹ Puñal.

— No abuséis de mí... — dijo el bandido. — Confieso que no tuve razón en sospechar de ti, y menos en pegar al Cojuelo; te pido perdón, Lechuza ¿oyes?... y también á ti, Cojuelo... os pido perdón.

— Yo quiero que lo pida de rodillas por haber querido pegar á la Lechuza — dijo el Cojuelo.

— ¡Qué ocurrencia! ¡ven acá, joya del alma! — dijo la Lechuza tendiendo los brazos hacia el Cojuelo. — Pero me gustaría ver qué figura haces de rodillas, amoroso. ¡Vamos, ponte de rodillas como si fueses á declarar tu atrevido pensamiento á la Lechuza! Pronto, sino te dejamos solo; y ten entendido que se está cerrando la noche.

— Para ese caballero lo mismo tiene el día que la noche — dijo el Cojuelo — porque nunca abre las ventanas de su palacio.

— Vaya, ya estoy de rodillas... Te pido otra vez perdón, Lechuza... y á ti también, Cojuelo... ¿estáis contentos? — dijo el bandido arrodillándose en medio del camino. — Ahora no me abandonaréis ¿no es verdad?

Extraño y horrible espectáculo ofrecía este grupo en el fondo del oscuro barranco, apenas alumbrado por la dudosa del luz crepúsculo. En medio del sendero estaba el Maestro de Escuela arrodillado con los nervudos brazos tendidos hacia la tuerta; su áspera y espesa cabellera caía como la melena de una bestia sobre su livida frente; los párpados rojos, abiertos por el terror, dejaban ver unos ojos blancos, vidriados y muertos como los de un cadáver. El hercúleo bandido estaba de rodillas, delante de una mujer y de un niño, trémulo, suplicante y humillado.

La vieja, rebozada en un mantón rojo y con un tocado de tul en la cabeza que daba paso á algunos mechones de pelo blanco, estaba en pie delante del Maestro de Escuela. El rostro huesudo, lleno de arrugas y aplomado de esta vieja con nariz de gancho, expresaba un gozo insultante y feroz: su único ojo brillaba como un ascua de fuego y una risa infernal separaba sus labios abultados, dejando ver tres ó cuatro dientes descarnados y amarillentos.

El Cojuelo vestido con su blusa ceñida con una correa, estaba sobre un pie y se apoyaba en el brazo de la Lechuza para guardar el equilibrio.

El rostro enfermizo y siniestro de este ser raquítico, tenía en aquel momento la expresión de una malignidad diabólica. La sombra proyectada por la pared del barranco aumentaba el horror de esta escena, que ya envolvían las sombras de la noche.

— Promettedme siquiera que no me abandonaréis — prorumpió el Maestro de Escuela asombrado por el silencio que guardaban la Lechuza y el Cojuelo. — ¡Qué! ¿no estáis aquí? — añadió el asesino inclinándose para escuchar y tendiendo maquinalmente los brazos.

— Sí, sí, amoroso, estamos aquí, no tengas miedo: ¡antes moriría que aban-

donarte! Mira, para que vivas seguro voy á decirte de una vez la razón porque no te abandonaré. Escucha: siempre me ha gustado tener una persona ó un animal en quien clavar las uñas y descargar mi cólera. Antes de la Chillona,



Te pido otra vez perdón, Lechuza... y á ti también Cojuelo...

(que mala sarna la mate, porque nadie me saca de la cabeza la idea de quemarla el hocico con vitriolo), antes de la Chillona, querido mío, he tenido un muchacho que se fué al otro mundo, porque no estaba á bien con la vida que le daba, y

por eso me tuvieron seis años en la *trena*¹; mientras estuve presa me divertía en domesticar algunos pájaros y en desplumarlos vivos, pero esta diversión no me duraba mucho porque se morían pronto: después que me dieron libertad me cayó en las uñas la Chillona, pero la sarnosa se me escapó dejándome sin la diversión que podía prometerme con su pellejo: después de la Chillona tuve un perro, al cual hice pasar también las de san Patricio, hasta que al fin le corté una pata de delante, y después una pata de atrás, y hacía una figura tan rara que me moría de risa.

— Lo mismo he de hacer yo con un perro que me ha mordido — dijo el Cojuelo.

— Cuando volví á encontrarte, amoroso — continuó la Lechuza, — estaba en vísperas de dar á un gato el último tormento... Pero ya que así lo ha querido la suerte serás ahora tú mi gato, mi perro, mi pájaro, mi Chillona; serás en fin el animal en quien desahogue mis malos ratos. ¿Entiendes, amoroso? en lugar de tener un pájaro ó un chiquillo para divertirme atormentándoles, tendré como si dijéramos un lobo ó un tigre, y por cierto que será cosa de ver.

— ¡Vieja infernal! — exclamó el Maestro de Escuela levantándose con furor.

— Está visto, no sabes más que insultarme. Pues bien, déjame, déjame de una vez. Buenas noches, adiós para siempre.

— Ahí tienes el campo enfrente de las narices, ciego cornudo; márchate derecho que ya llegarás á alguna parte, — dijo el Cojuelo soltando una risotada.

— ¡Oh, la muerte! ¡la muerte! — gritó el bandido retorciéndose los brazos.

Inclinóse de repente el Cojuelo hacia el suelo, y dijo en voz baja:

— Oigo pasos, agachémonos. No es la muchacha, porque vienen por el lado de la quinta.

En efecto, al cabo de algunos minutos apareció una aldeana joven y robusta, con un canastillo cubierto en la cabeza y seguida de un enorme perro; y cruzando el camino siguió el sendero que habían llevado la Cantaora y el sacerdote. Ya volveremos á encontrar estos dos personajes, y dejaremos á los tres cómplices emboscados en la hondonada.

¹ Cárcel.